

La sociedad capitalista avanzada es la más expuesta al cáncer, ya que, es opinión generalizada, las víctimas propicias son seres reprimidos, adocados, superalimentados. El fracaso es considerado igualmente motivo principal de la enfermedad. Cuando Hubert Humphrey enfermó de cáncer, se diagnosticó que fue debido a sus fracasos políticos. Los seres enajenados, producto del capitalismo, son las víctimas más propicias.

No hay en el cáncer nada poético ni trascendente. El individuo está atrapado en el mal y en la sociedad que se cree su causa. Hay una psicosis, eso sí, de desprenderse del mal. Una rápida incursión en algunas metáforas que se emplean al hablar del cáncer demostrará esa disposición. Se habla de llevar a cabo una "cruzada" contra el cáncer; de evitar una "invasión" de células y que lleguen a "colonizar"... Por otra parte, las metáforas militares son repetidas una y otra vez, se dan instrucciones para evitar el mal que recuerdan un "estado de sitio": no hay que tocar el televisor, ni fumar, ni comer tocino, ni tomar sacarina...

Pero, naturalmente, todo este vocabulario, estas metáforas, sólo se explican por la ignorancia que se tiene sobre las causas reales del mal. Además, este vocabulario metafórico es una invitación a las acciones drásticas y violentas. El cáncer, como la gangrena, ha de ser extirpado, según se cree, de raíz. Hay que atacarlo como a un enemigo.

Una sociedad sin el cáncer sería una sociedad más feliz y estable. O si se quiere, médicamente controlada. De aquí que se haya establecido el paralelismo de que una sociedad sin elementos subversivos, sería una sociedad políticamente feliz. Es por eso que los regímenes totalitarios han hecho y hacen uso de la metáfora para incitar o justificar la violencia política. Los grupos contestatarios o disidentes en tales sociedades son perseguidos y se les quiere exterminar como a un cáncer que, si se le descuida y deja crecer, destruirá la sociedad, sus cimientos. Los regímenes totalitarios no admiten, en una palabra, que cierto grado de subversión y contestación es índice precisamente de salubridad.

Susan Sontag ilustra todo su discurso con numerosas citas de autores románticos y modernos, haciendo referencias a juicios

médicos y a textos de políticos. Su tesis, muy bien documentada y convincente, es un intento de desmitificar las enfermedades como la tuberculosis y el cáncer, que han sido y siguen siendo aún un motivo literario o de retórica política.

Illness as Metaphor es, básicamente, un intento de acercarse al hombre con unas realidades de su cuerpo de las que no debe huir a través del recurso metafórico. ■ FRANCISCO CAUDET.

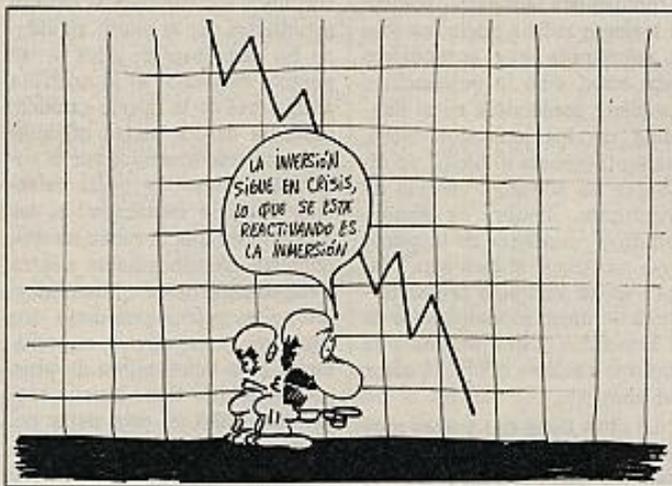
Ciencia, religión, racionalidad

Este libro (1) de Javier Sádaba sobre la creencia es como los de antes: cornalón y desafiante. A la blandenguería, sincretismo y "espíritu de aggiornamento" de los libros de teología al uso les va a irritar la

quiere ver las cartas boca arriba: que el creyente diga cuáles son sus enunciados y entonces vamos a discutir sobre la racionalidad de los mismos.

Es un libro de filosofía escrito con el *pathos* y el talante de los clásicos ilustrados. Es un libro desafiante y por eso la respuesta tiene que ser polémica.

Es sintomático, en primer lugar, tomar el tema de la existencia de Dios como campo privilegiado en el que se puede comprobar la racionalidad o irracionalidad del sistema de creencias por antonomasia: el cristianismo. Y es sintomático porque la pretensión de demostrar racionalmente la existencia de Dios es un tema creado por el deísmo ilustrado, en cuanto crítica de las religiones reveladas. Para los clásicos (San Pablo o Santo Tomás), la existencia de Dios no es problema, porque toda la sociedad es culturalmente religiosa. El problema nace en la Edad Moderna,



decisión con que este filósofo interpela a discursos progres y cristianos rojos.

La teología más moderna, en vuelta en interpretaciones materialistas, ha dejado de hablar de Dios. Ante este insólito hecho, Javier Sádaba centra el tema: "Quitar a Dios del sistema cristiano de creencias tiene mayores consecuencias que eliminar la plusvalía del análisis marxista". Y a los cristianos marxistas, que le podrían desbordar por la izquierda, Sádaba les corta la retirada afirmando que el marxismo también es un sistema de creencias. El autor

(1) Javier Sádaba, *Qué es un sistema de creencia*. Edit. Mañana. Madrid, 1978. 150 pesetas.

cuando el Dios de las iglesias siembra de cadáveres los campos de Europa (guerra de religiones) y que la cristiandad está dividida en dos y luego tres grandes Iglesias cristianas, y que el descubrimiento de América ha demostrado la existencia de otros dioses. Entonces se fabrica una teoría ilustrada de la religión, de la que la idea de una demostración de la existencia de Dios es parte importante. Esta teoría —pronto asumida por la misma teología, a pesar de que nace como su negación— se impuso en la teoría y en la práctica. Este concepto ilustrado de religión —cuya sustancia reside en su *fungibilidad* política— poco tiene que ver con

el carácter de religión inútil predominante en la tradición clásica cristiana. La polémica del autor contra la demostración racional de la existencia de Dios evoca irresistiblemente las disputas racionalistas del siglo XVIII. De ahí que uno empieza a interesarse por el tipo de racionalidad del que parte Javier Sádaba. Al fin y al cabo, aquel racionalismo optimista y crédulo claudicó a manos del idealismo alemán y del neomarxismo de la escuela de Frankfurt. Un parentesco con aquella confianza en la racionalidad es innegable. Pero también es consciente de sus límites. Cuando al hablar del lenguaje religioso, en el contexto del fideísmo, reconoce, citando a P. Winch, que "realidad no es lo que da sentido al lenguaje. Lo que es real y lo que es irreal se muestra a sí mismo en el sentido que el lenguaje tiene", está abriendo una puerta a la realidad que se sale del molde, de lo "standard": a la realidad del marginado o periférico y que puede ser expresada por el loco o el creyente. No existe, pues, un tribunal supremo que dicte sobre la realidad o irrealidad de cada lenguaje, sino que hay que recurrir a la propia tradición para comprender la significación de las propias nociones. Pero el autor no se fia mucho de la religión y acaba negándole el estatuto de marginada: tras tantos años de simbiosis cultural, cuesta pensar que cuando la religión habla de existencia de Dios no esté manejando el concepto corriente y mollente de existencia.

Habría que preguntar al autor por esa desconfianza *lógica* por el lenguaje religioso, dado que existe un tipo de lenguaje religioso, marginado desde la Ilustración, y del que no puede hablarse de simbiosis cultural. Por mi parte, me arriesgo a ofrecer la siguiente hipótesis: desde el supuesto neopositivista dominante en su concepción de racionalidad, es insostenible la posibilidad de la realidad del marginado "tout court". En efecto, el concepto de realidad marginal connota un concepto de intencionalidad práctica: la marginalidad es tal porque no está realizada, no forma parte del "standard", es un concepto "des noch-nicht-Gewesenen". Lo que no es deviene por la praxis. Ahora bien, el concepto de intencionalidad práctica con-

lleva el de sentido y sujeto de la historia. Y el concepto de historia es impensable sin el de subjetividad. Llegaríamos así a la consecuencia que el problema más importante del concepto de marginalidad es el de la subjetividad, el de la construcción o mejor reconstrucción del sujeto, del hombre como sujeto. Desde la perspectiva del concepto de racionalidad marginal, la ciencia y la racionalidad moderna perderían parte de su nimbo actual. Sería científico y racional cuantos materiales contribuyeran a la reconstrucción del hombre como sujeto de la Historia. Desde un punto de vista teórico, es evidente que la tradición religiosa tendría un papel mucho más coherente con la cita de P. Winch que con la conclusión del autor.

Particularmente acertado es la extensión del concepto de "sistema de creencia" a sistemas no propiamente religiosos, sino... políticos. En la fidelidad a las fuentes, en la necesidad de legitimar constantemente los postulados y en el dirigismo de las conductas, los partidos políticos revelan una sospechosa relación con la religión. Que esa caracterización pertenezca a la esencia misma del marxismo, no aparece suficientemente demostrado.

El que el marxismo acepte unos fines revolucionarios que no son demostrables porque no existen, y por eso suponen una buena dosis de decisión personal, demuestra únicamente que el proyecto marxista tiene una carga utópica. Para que fuera

un sistema de creencia —en el sentido utilizado por el libro— sería necesario que todo el edificio marxista arrancara de ese principio utópico. Y si es verdad que el comportamiento del militante se suele alimentar unilateralmente de esa utopía, también es verdad que la teoría marxista pretende ofrecer garantías suficientes de la razonabilidad de ese proyecto. Sospecho, más bien, que la religiosización del marxismo le viene de una asimilación acrítica de la teoría ilustrada de la religión. Pero esto también habría que probarlo. La verdad es que este libro provoca la discusión.

■ REYES MATE.

La teología católica, en el banquillo

Un clínico mejicano —católico inconformista además— somete la teología toda a juicio (no sólo la retrógrada que aprendimos hace años, sino la posconciliar también), poniéndola en el banquillo de los acusados. Pero, ¿quién la somete a juicio? Yo diría que un acusador mezcla de historiador, hombre de sentido común y conocedor de la psicología científica, si bien esta última —en su vertiente profunda— tenga un papel predominante en la acusación a que somete a la doctrina católica oficial el autor del libro (1).

La obra tiene dos partes muy diferentes: en la primera hace una exposición crítica de los dogmas principales de la Iglesia católica, y en la segunda esboza una teoría que reconstruye humanamente lo que en la parte anterior destruyó racionalmente.

Dedica Mauro Rodríguez 12 capítulos, que comprenden la mayor parte del libro, a esa labor de desbroce duro, descarnado y sin piedad después del cual no parece quedar apenas nada, porque lo negativo es mucho más que lo positivo. Más tarde, en la segunda parte, que es mucho más breve, se expone una teoría simbólica de la religión, a

medio camino entre el signo puramente arbitrario y la realidad visible. Participa este simbolismo algo de la experiencia concreta y de la señal llena de sentido, que es la que debía haber transmitido a los hombres que son religiosos nuestra enseñanza cristiana.

La palabra **dogma** se usa en el libro en su sentido más amplio, como doctrina oficial de la Iglesia que declara ésta ser obligatoria para el católico. Y por supuesto, no pretende hacer el autor una exposición acabada y completa, porque no quiere "dar pensamientos hechos", sino "agitar y a lo sumo sugerir más que instruir", como proclamaba Unamuno en 1907 ser la intención que tuvo al escribir su pequeño libro titulado "Mi religión".

La infalibilidad, Dios, la creación, la revelación, el pecado, la redención, la Iglesia, los sacramentos, la moral católica y la ultratumba son diez temas básicos estudiados por el autor, siguiendo en cada uno de ellos el siguiente esquema: a) la doctrina obligatoria de la Iglesia católica, extraída de los textos oficiales de la misma, buscados por el autor corrientemente en la colección llamada **Denzinger**; b) las dificultades que la razón ha descubierto científicamente contra estas afirmaciones; c) una interpretación psicológica bajo dos aspectos, el negativo y el positivo, si bien aquel punto de vista —el negativo— tiene mucha mayor extensión en esta parte del libro que el positivo, el cual parece añadido casi a regañadientes.

El trabajo está hecho cuidadosamente, dando referencias de primera mano que revelan un buen conocimiento de la situación en que se encuentran los estudios bíblicos y religiosos hechos por especialistas en cada materia. Y aunque esta labor se resume para cada uno de los diez aspectos del catolicismo que trata, está por lo general rigurosamente hecha, si bien en forma a veces excesivamente crítica. Requeriría una matización mayor, sin demérito de reconocer la negatividad real que estas doctrinas han tenido en la exposición corriente que ha hecho de ellas la Iglesia a través de las diferentes épocas históricas.

Se define el libro en el título como una crítica a la teología, cuando más bien debía decirse que es una crítica a las formas culturales e históricas de exponer la Iglesia misma su doctrina, y no se refiere tanto a determinadas posturas teológicas que fueron más inteligentes que estas exposiciones doctrinales oficiales, las cuales —por otro lado— no siempre representan un verdadero "dogma" para el católico, en el sentido riguroso de la palabra.

Las doctrinas católicas criticadas son preferentemente "ideológicas", en el sentido marxista de la palabra. Y por eso deben ser sometidas a la profunda crítica que muchas veces se merecen, como expresiones muy defectuosas, y en gran parte alienantes, que son de una realidad vital; y en otras ocasiones como expresiones de una idea alienadora en gran medida.

La lástima es que la segunda parte del libro, que hace una reconstrucción a nivel humano global del sentido que tienen muchas de estas doctrinas religiosas del catolicismo, no sea más detallada y extensa, pues es con mucho la más decisiva y con la que se sentirán muchos católicos como yo muy de acuerdo. La teología y el magisterio han querido **cosificar** el cristianismo, y por eso su núcleo vital se les ha ido demasiadas veces de las manos. Es, por lo mismo, preciso dar un sentido más "personal", más "humano", a estos principios mantenidos a través de los siglos por el catolicismo, para lo cual tenemos que pasar los católicos de una filosofía de las "esencias" a una filosofía de las "existencias", renovando hoy de este modo la enseñanza católica sin perder ninguno de los que son sus hallazgos básicos para el hombre religioso.

El autor llega a hacer, al final de su obra, confesiones incluso infantiles, que tienen el valor testimonial de cómo bajo el aspecto real-simbólico pueden adquirir nuevo sentido algunas de estas posturas y actos que bajo el prisma del sentido literal demasiado ingenuo no pueden tenerlo, sobre todo para un hombre que reflexione conscientemente su religión a la luz de la cultura actual. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Javier Sádaba.



(1) Mauro Rodríguez, *La teología católica ante el psicólogo*. 244 páginas. Ed. Herder. Barcelona, 1977.